

R

ASS



SUPLEMENTO AL

*BdeO.*

11 de ABRIL de 1945

## POR EL HONOR DE ESPAÑA.

La nota aparecida en la Prensa de hoy aumenta considerablemente los recelos y temores que sienten muchos españoles de que se quiera llevar a España a la guerra, aparentemente como consecuencia de las atrocidades cometidas por los japoneses en Filipinas, pero, realmente, utilizando ese pretexto para encubrir egoistas conveniencias personales o de partido.

La Comunión Tradicionalista siente más que nadie, porque está como nadie enraizada en las esencias patrias, los incalificables atropellos cometidos por los japoneses con nuestros compatriotas en Manila, y los condena con energía y pide al Gobierno que exija las reparaciones que sean posibles. Pero demanda que no se dé un paso más de lo que quiere la justicia. Que no pide ciertamente que se vista de justa reparación lo que no es más que maniobra política para sumarse al carro de los vencedores.

Ante esa posibilidad, la Comunión Tradicionalista tiene que dejar oír su voz condenatoria de intenciones tan turbias y funestas. No está en juego el honor nacional, ni su integridad ni el depósito de su fe, únicos motivos que justifican las guerras. España nunca las ha emprendido por fines bastardos ni por miras egoistas. Sólo móviles sublimes la han llevado a empuñar las armas. Pero hay ningún ideal superior justifica la participación en este conflicto que ha destrozado al mundo.

Hoy la postura de España, para responder a su tradición de siempre, no puede ser más que la de neutralidad. "Cuando un Estado se mete en un conflicto con el solo objeto de conseguir la utilidad -ha dicho el autorizado comentarista de los Mensajes Navideños del Papa, Guido Gonella- tal Estado no sólo viene a negar el valor y la inmutabilidad de las normas morales en la esfera de las relaciones internacionales, sino que también se expone a todos los inconvenientes que pueden ser provocados por la busca de lo útil separada de la busca de lo justo. Se sacrifica la moral para hacer negocio, y se acaba haciendo un mal negocio". Y más adelante sigue: "El que no busca por todos los medios servir la paz antes de acudir a las armas menosprecia un deber moral", para acabar afirmando: "Por todo ello podrá distinguirse la guerra justa de la injusta por razón del fin que el Estado se proponga".

Bien se ve que en este caso no se trataría de restablecer un orden ni de reafirmar un derecho. España siente en su propia entraña los crímenes padecidos, pero sabe que su misión en la hora presente es reservarse para el brillantísimo papel de tornavoz y eco de las palabras de justicia y de paz que brotarán del Vaticano en el momento de los tratados liquidadores de esta terrible guerra. Papel mucho más en consonancia con su significación histórica que el de simples camparsas de los poderosos, o de soldados cipayos a su servicio.

No puede desmentirse hoy, por conveniencias que no son nacionales, lo que España, por boca de su Jefe del Estado, dijo oficialmente a los representantes de una Potencia belligerante en los mismos comienzos del actual conflicto: "Es de gran responsabilidad extender el conflicto a mares y lugares alejados del foco actual de la guerra, sin razón impresa que le justifique. Cuanto más se amplíe la contienda, más se siembra el germen de futuras guerras. En estas condiciones, apelo al buen sentido y responsabilidad de los gobernantes de las naciones, para encaminar los esfuerzos de todos a localizar el conflicto actual".

La Comunión Tradicionalista, haciéndose como siempre eco del sentir nacional, decía que todo intento de llevar a España a la guerra con la disculpa de los dolorosos sucesos de Manila, es una traición a su honor, que no consiente la villana tarea d esperar a que haya un vencido, para acudir a apalearlo.